

Lleva en la mano derecha
La riquísima guirnalda
Que en premio fué prometida
Al que se le aventajara.
Entra tan gallardo el moro,
Que por bienaventurada
Tienen todas á Jarifa
Por ser de tal hombre amada
Y entrando desta manera
Y dando vuelta á la plaza,
Apeóse en una tienda
Para aquel efecto armada,
De una tela muy hermosa
Sobre la color morada,
Y aquesto dice la letra,
Que deja por donde pasa:
«La que me pudo vencer
Y hoy tengo de coronar,
Es sin par en merecer,
Yo sin segundo en amar».
Y el primer aventurero
Vieron luego cómo entraba,
El cual entró por la posta
Sobre una yegua muy flaca,
Y delante un postillon
Con una mora á las ancas,
De muy buen talle de cuerpo,
Pero de muy mala cara;
Y llevaba por empresa
Una muy seca guirnalda,
Y al pasar deja esta letra
Por las partes do pasaba:
«Es imposible que acierte
Nada de cuanto desea
Quien se enamora de fea».
Y en entrando cumplió luego
Cuanto se pronosticaba,
Que de tres lanzas ninguna
Corrió que fuese acertada;
Y así se volvió dejando
La plaza regocijada.
Tras aquel entraron muchos
Con invenciones extrañas
Y todos dejan los precios
Adonde Jarifa estaba;
Hasta que el valiente Muza
Hizo el último su entrada
Con la mayor gallardía,
Mayor riqueza y mas gala,
Que de lengua humana puede
Ni de pluma ser contada,
Y á la plaza dando vuelta
Aquesta letra dejaba:
«Seguro va de vencer,
Axa, señora, el que ha sido
De vuestra mano vencido».
Y acercándose á la tienda
En que Abindarraez estaba,
Comenzaron á correr
Entrambos á dos sus lanzas
Con tan perfecta destreza
Y tan desenvuelta gracia,
Que nadie la diferencia
Del uno al otro juzgara;
Y así dándolos por buenos
Los jueces que allí estaban,
Porque el sol ya se encubria
Y obscuro el mundo dejaba,
Acabándose la fiesta
Se salieron de la plaza
Con mucho contentamiento
De verla bien acabada.

(PADILLA, Tesoro de varias poetas.)

⁴ Hé aquí una de aquellas composiciones del último tercio del siglo xvi, en que desgraciadamente un buen poeta creyó pujar todo lo hecho en los cortos y lijeros romances moriscos hijos de una rápida inspiración. Pedro de Padilla creyó sin duda haber puesto una pica en Flándes reuniendo en este larguísimo y pesado romance todos los medios, formas,

ideas, descripciones y pensamientos, que en los moriscos de su clase repartidos forman cuadros lijeros, ó valientes, ó tiernos, ó graciosos. Hizo lo mismo que hiciera un gran colorista, que para lucirse se empeñase en emplear en un cuadro todos los colores, viniesen ó no al caso, que los buenos en el arte emplearon convenientemente. Los colores en sí serán brillantes y bellos; pero mal empleados, solo presentan agrado á la vista, sin interesar mucho el alma.

84.

ABINDARRAEZ EL TIO. — X.
(De Pedro de Padilla⁴.)

Cuando salió de cautivo
El rey Chico de Granada,
A quien cautivó el alcaide
Que de los Donceles llaman,
Dos caballeros mancebos
Que en la ciudad se hallaban,
Por mostrar en algo al Rey
Lo mucho que deseaban
Verle volver con sosiego
Al regalo del Alhambra,
Y regocijar queriendo
Venida tan deseada,
Donde comienza la vega
Fértil, espaciosa y llana,
Que el caudaloso Genil
Por mil partes riega y baña,
En aquel alegre día
En que á su rey esperaban,
Entre muchos que salieron
Cincuenta se aderezaban
Con muy hermosas libreas
En esto diferenciadas:
Que llevaba cada uno
Los colores de su dama,
Y llevan en las cabezas
Tocaduras extremadas;
Unas hechas de alcaizares
Con gran artificio y gala,
Y otras de tocas hermosas
Dentro de Túnez labradas.
Unas listadas de oro,
Y otras de color leonada
Con rapacejos azules
Y las orillas de plata:
Los brazos derechos todos
Con empresas de quien aman;
En muy hermosos caballos
Las sillas aderezadas
Del color de la librea
Que cada moro sacaba.
Adargas ante los pechos,
Con borlas diferenciadas;
Lanzas largas berberiscas
De dos hierros adornadas.
Y en llegando junto al Rey
Escaramuza trababan,
Mostrando cuán diestros eran
En el jugar de la lanza.
Y habiéndose ya acabado
Esta fiesta comenzada,
Al Alhambra se subieron,
Adonde el Rey esperaba
De las moras mas hermosas
Una muy lucida escuadra,
Que al rey Chiquito reciben
A la entrada de una sala,
En traje y rostro mostrando
El regocijo del alma.
Entre todas le llevaron
Donde su madre le aguarda,
Que con la gloria de verle
Como fuera de sí estaba.
Y en tomando el Rey su asiento
Comienzan todas la zambra,
Que era entre ellas el sarao
Y fiesta mas regalada.

La belleza de las moras,
El donaire, gracia y gala
Es mejor para creida
Que con palabras contada,
Porque la mas larga pluma
Quedara muy atrasada.
Y con ser desta manera,
Las que allí se aventajaban
Eran Fátima y Jarifa,
Que del Rey importunadas
La toca danzaron juntas
Y hicieron mas mudanzas
En las colores del rostro
Que en el baile que danzaban;
Porque siempre se tuvieron
Enemistad declarada,
Que es oficio de los celos
Hacer aquel en el alma.
Danzaron en competencia
Como en lo demas andaban,
Con tal primor, que no dieron
A ninguna la ventaja,
Sino los que con pasión
Su competencia miraban:
Y fué el donaire de suerte
Con que la una trataba
De aventajarse á la otra
Por estar adonde estaban,
Que de amores de las dos
Ardiera la nieve helada,
Tanto que el moro Abenzaide,
Uno de los de la fama,
De admirable valentía
Y de persona gallarda,
Hijo de un Abencerraje
Que Mahomet se llamaba,
Viendo en Jarifa el extremo
Que á todos tanto agradaba,
Rindió sin defensa luego
Las fuerzas todas del alma.
Acabándose la fiesta,
Tan digna de ser loada,
Se sentó el Rey á la mesa
Y en otra todas las damas,
A quien los galanes moros
Servian y festejaban.
Solo Abenzaide se muere
De ver que á Jarifa daba
Tanto gusto Abindarraez
Que puesto á su lado estaba,
Y aunque eran grandes amigos,
El amistad no bastaba
Para que no le pesase
De ver cuán valido andaba;
Y como el fuego de amor
Nunca de veras abrasa,
Ni tanto desasosiega
Si competidores faltan,
Y con ellos el deseo
Sin resistencia se inflama;
Así le sucede al moro
Que por no ver lo que pasa,
De envidia y amor ardiendo
Se fué para su posada,
Determinado á querer,
Y á morir en la demanda.
Así comenzó á mostrar
El fuego en que se abrasaba,
Con cuantas demostraciones
Suelen hacer los que aman;
De suerte que Abindarraez,
Aunque al principio callaba,
No pudiendo ya sufrir
Muestra tan desenfadada,
Y mas de un amigo y deudo
De quien tanto confiaba,
Y porque todo el lugar
De ver que disimulaba
Ofensa tan descubierta,

En secreto murmuraba,
Se determinó de hablarle,
Y bajando del Alhambra
Le dijo: — ¡Abenzaide amigo,
No sé qué ha sido la causa,
Que siendo vos caballero
Dê mi propia sangre y casta,
Y que de mi voluntad
Jamás conocistes falta,
Deis en servir á Jarifa
Con muestra tan declarada,
Sabiedo que yo la sirvo
Y que ella no me desama!
¡No sé qué nombre le ponga
A cosa tan mal mirada!
Solo siento que me obligue
No querer vos remedialla,
A venir en rompimiento
Con hombre que tanto amaba:
Y pues la libertad vuestra
En nada desto repara,
Quiero que sepais de mí
Que ni la amistad pasada,
Ni el deudo que con vos tengo,
Ni el temor de vuestra espada,
Podrán hacer que no tome
Deste exceso la venganza,
Que una cosa tan mal hecha
No es justo disimulalla.—
Abenzaide le responde
Con voz mansa y reportada:
— No pienses, Abindarraez,
Que esa cólera me espanta,
Ni que por ese temor
He de dejar mi demanda;
Que antes de mudar intento,
Saldrá de mi cuerpo el alma:
Y si no te he respondido
Con los filos de esta espada,
Es por darte una disculpa
Que para tu cargo basta,
Aunque sangre y amistad
Ande en esto atravesada,
Y es: que razon en amor,
No hay cosa mas excusada,
Y que las sobras del mio
Hacen al tuyo ventaja.—
Y diciendo estas razones,
El lucido alfanje saca,
Y el valiente Abindarraez
Ardiendo en furiosa rabia
Poniendo la mano al suyo
Dice con voz alterada:
— Una tan gran desvergüenza,
Así ha de ser castigada.
Y queriendo comenzar
Entre los dos la batalla,
Cuatro caballeros moros
Que del Alhambra bajaban,
Pudieron tanto con ellos
Que fué forzoso dejalla;
Y al Abenzaide los dos
A la ciudad le bajaban;
Y á Abindarraez los otros
Le volvieron á la Alhambra.
Abenzaide al mismo punto
Que ya la noche cerraba,
Dejada la compañía
Se fué para la posada
De la hermosa Jarifa,
Y por su padre demanda:
El cual salió á recebille
Con muy agradable cara,
Pidiendo de su venida
Tan á deshora la causa.
Abenzaide le responde,
Que lo que mas deseaba
Y lo que allí le ha traído,
Es á suplicar que haga

Merced de darle á Jarifa
Por esposa regalada.
El viejo se huelga dello
Viendo lo bien que le estaba,
Y así le dió de hacello
Su promesa, fe y palabra;
Y dando á Jarifa cuenta
De todo como pasaba,
Aunque no mostró disgusto,
Sino que dello se holgaba,
Quedó tal con esta nueva
Aquel alma enamorada,
Que á solas, en su aposento,
Cuando se vió retirada,
La tuvo el dolor esquivo
Tan triste y desesperada,
Que de quitarse la vida
Estuvo determinada.
Y así, resuelta en hacello
Si Abindarraez le faltaba,
Se determinó á escribirle
Contándole lo que pasa;
Y para certificarle
De la fe con que le amaba,
Con un pajecillo suyo,
Que estos recados llevaba,
Aquesta carta le envía
Otro día en la mañana.

Carta de Jarifa.

La que amor hizo tan tuya
Que con solo amarte vive,
Antes que el tiempo destruya
El descanso y vida suya,
Esta, Abindarraez, te escribe;
Y es milagro que un tormento,
Tan áspero de sufrir,
Me deje vida y aliento
Para poderte escribir.
Y aunque poco ya me queda,
Podré hacerte saber,
Que de fortuna la rueda,
Como nunca se está queda,
Nunca asegura placer.
Solo contra mi cuidado
Fuerza ni poder alcanza,
Que entre los que amor ha dado
No le hay tan asegurado,
Sin la muerte, de mudanza.
Y siendo en efeto así,
Aunque es trance riguroso
En el que me veo por tí,
No tienes que estar de mí,
Ni aun burlando, temeroso.
Que contra todo el poder
Del cielo y de la fortuna,
Tiene fuerzas mi querer;
Y tengo en esto de ser
Fénix, porque no hay mas de una.
Y habiendo de lastimarte
Un suceso tan extraño,
He querido asegurarte,
Primero que declararte
La causa de tanto daño.
Y aunque tan asegurado
Siempre has vivido conmigo,
No me pareció excusado,
Porque al fin, retificado,
Tiene mas fuerza el testigo.
Y puédelo el cielo ser
Como mis ojos lo son,
Que yo no puedo creer
Que se vió jamas mujer
En tamaña confusion.
Porque mi padre procura
Darme á mi pesar marido,
Y aunque él intenta locura,
Es para mí cosa dura
Que á tal punto haya venido.

Porque es fuerza declararme,
A no le ser obediente,
Pues aunque quiera forzarme
A obedecerle y casarme,
Amor no me lo consiente.
Y aunque me esté bien á mí
Descargarme desta mengua,
Si no fuere para tí,
Primero que decir sí
Dejaré sacar la lengua.

Y no podrá confesar
Que al punto que supe amarte
Nada dejé de entregar,
Que despues pudiese dar
A nadie en ninguna parte;
Que para tuya naci,
Y desto mi fe te empeño,
Y pues que soy la que fui,
Tendrás por cierto de mí,
Que jamas tendré otro dueño.
Y no quiero señalarte
El que estorbarlo pretende:
Baste solo declararte
Que en valor piensa igualarte,
Y de tu sangre deciendo.
Pero no le ha sucedido
Como lo tenia pensado;
Que aunque es moro tan valido,
Do puede ser acogido
Está el lugar ocupado.

Y siempre lo entendió así
Las veces que me miraba,
Que las que acaso le ví,
Bien entenderia de mí
Que aun de verle me cansaba;
Porque luego da á entender
Un alma de amor herida,
Que en comenzando á querer,
Ni aun de burlas ha de haber
Para ninguno acogida.

Y si habiéndolo entendido
En seguir su intento ha dado,
Tras no lo haber conseguido
Quedará necio y corrido
De haber sido porfiado;
Y si á los dos ofendió
Con intento tan villano
Del pié le quiero dar yo,
Solo porque pretendió
Ganarte el juego de mano.

Y pues hay tal ocasion
Para nuestras pretensiones
Si á tí no falta aficion,
No es bien que la dilacion
Esfuerce estas ocasiones.
Y si del dolor que paso
Hay en tu pecho disgusto,
No es tiempo de andar escaso,
Sino cortalles el paso,
Para darle á nuestro gusto.

Sigue el romance.

Sintió tanto Abindarraez
Entender lo que pasaba,
Que no quiso responder
Por escrito á aquella carta;
Que la cólera que tiene
Tanto espacio no le daba;
Y porque Jarifa entienda
Que dél era tan amada,
Que lo que le habia mandado
Un punto no dilatara,
A pié con solo un criado
Se sale de la posada,
Y á la de Jarifa llega
Y á su padre la demanda:
A lo cual replica el viejo,
Que ya la tenia mandada,
Y que perderá la vida

Por no quebrar su palabra.
Abindarraez le cuenta
El caso cómo pasaba,
Y le dice que Jarifa
Primero le tenia dada
Palabra de ser su esposa,
Y que Abenzaide trataba
Una cosa muy mal hecha
Y no de hombre de su casta,
Estando cierto de aquello,
En venir á demandalla.
El moro, entendido aquello
Dice que á su gusto haga,
Y subiéronse los dos
Adonde Jarifa estaba,
La cual á su cargo toma
Deshacer esta maraña;
Y dándose allí las manos
De nuevo se confirmaba
La fe que entre ellos habia
No tan bien asegurada.
En saliendo Abindarraez
Jarifa luego enviaba
Al moro Abenzaide un paje,
Y con él le suplicaba
Que luego al punto la viesse
Para un caso que importaba:
Y el enamorado moro
En cumplir esto no tarda,
Que el fuego no es tan activo
Como el que de veras ama.
Y cuando se vió en presencia
De aquella á quien adoraba,
Quedó el rostro sin color
Y la lengua suelta, atada,
Con un helado temor
La persona embarazada,
Sin hacer en él su oficio
Ordenadamente nada.
Jarifa viéndole así
Encendida y colorada,
Le comenzó de hablar,
Poco ménos que él turbada,
Aunque era el turbado efecto
De muy diferente causa.
— Héte rogado, Abenzaide,
Que hagas esta jornada,
Para agradecerte mucho,
Como quien te está obligada,
El pedirme por esposa,
Que es deuda á que falta paga:
Y aunque con nadie pudiera
Estar yo mas bien casada,
Porque á tu valor y suerte
Ninguno se le aventaja,
Ha hecho amor imposible
Lo que á mí tan bien me estaba;
Porque fe de esposa tengo
Al Abencerraje dada,
Y por eso sus servicios
Con voluntad acetaba.
Una prenda desta suerte,
Y serle yo aficionada,
Es ocasion que no pueda
Faltarle de mi palabra:
Pudieras de mí ofenderte
Si por otro te negara;
Mas á tanta obligacion
Es fuerza no ser ingrata.
Ya ves que tengo razon,
Y si de tí soy amada,
Sola una merced te pido,
Y que esto luego se haga:
Que vuelvas por darme gusto
En el amistad pasada
Con el moro Abindarraez;
Y pues que Fátima es dama
Tan gallarda y tan hermosa,
Y que hacienda no le falta,

Porque nuestra competencia
Del todo quede acabada,
Y tú muy bien empleado,
Y Fátima bien casada,
La pidas luego á su padre,
Y dejarásme obligada
A serte toda mi vida
Por esta merced, esclava.—
El moro, aunque le llegaron
Aquellas nuevas al alma,
Fué, tan como caballero,
Obediente á su demanda,
Que partió para cumplilla
Sin respondelle palabra;
Porque puesto que quisiera,
El dolor no le dejara;
Y ántes que cerrase el día
Al Abencerraje habla,
Y á Fátima en casamiento
A su padre la demanda.
Y acabados los conciertos,
A una fiesta señalada,
Se dilató el cumplimiento
De cosa tan deseada.

(PADILLA, Tesoro de varias poesías.)

1 Véase la nota del anterior, núm. 83; porque á este aun con mas razon todavia le convienen las observaciones que para aquel hicimos. Sin embargo, uno y otro son composiciones agradables de un buen poeta, aunque demasiado largas.

ROMANCE DE ABENZULEMA.
(De Don Luis de Góngora.)

Aquel rayo de la guerra
Alférez mayor del reino,
Tan galan como valiente,
Y tan noble como fiero;
De los mozos envidiado,
Y admirado de los viejos,
Y de los niños y el vulgo
Señalado con el dedo:
El querido de las damas
Por cortesano y discreto,
Hijo hasta allí regalado
De la fortuna y el tiempo:
El que vistió las mezcuitas
De victoriosos trofeos,
Y el que pobló las mazmorras
De cristianos caballeros;
El que dos veces armado
Mas de valor que de acero,
A su patria libertó
De dos peligrosos cercos:
El gallardo Abenzulema
Sale á cumplir el destierro
A que le condena el Rey,
O el amor, que es lo mas cierto.
Servía á una mora el moro,
Por quien andaba el Rey muerto,
En todo extremo hermosa,
Y discreta en todo extremo.
Dióle unas flores la dama,
Que para él flores fuéron,
Y para el celoso rey
Yerbas de mortal veneno;
Pues de la yerba tocado
Le manda desterrar luego,
Culpando su lealtad
Para disculpar su yerro.
Sale pues el fuerte moro
Sobre un caballo overo,
Que á Guadalquivir el agua
Le bebió, y le pació el heno.
Tan gallardo iba el caballo,
Que en grave y airado vuelo,
Con ambas manos media
Lo que hay de la cincha al suelo;

Con un hermoso jaez,
Bella labor de Marruecos,
Las piezas de feligrana,
La mochila de oro y negro:
Sobre la marlota negra
Un blanco almaizar se ha puesto,
Por vestirse las colores
De su inocencia y su duelo.
Bonete lleva turquí,
Derribado al lado izquierdo,
Y sobre él tres plumas presas
De un preciado camafeo.
No quiso salir sin plumas
Porque vuelen sus deseos,
Si quien le quita la tierra
También no le quita el viento:
Bordó mil fierros de lanzas
Por el capellar, y en medio
En arábigo una letra
Que dice: «Estos son mis yerros.»
No lleva mas de un alfanje
Que le dió el rey de Toledo,
Porque para un enemigo
El le basta, y su derecho.
Esta suerte sale el moro
Con animoso denuedo,
En medio los dos alcaides
De la Alhambra y Marmolejo.
Caballeros le acompañan,
Y le sigue todo el pueblo,
Y las damas, por do pasa,
Se asoman llorando á verlo.
Lágrimas vierten agora
De sus tristes ojos bellos,
Las que desde los balcones
Aguas de olor le vertieron.
La hermosísima Balaja
Que llorosa en su aposento,
Las sinrazones del Rey
Le pagaban sus cabellos,
Como tanto estruendo oyó,
A un balcon salió corriendo,
Y enmudecida le dijo,
Dando voces con silencio:
—Vete en paz, que no vas solo,
Y en mi ausencia ten consuelo,
Que quien te echó de Jerez
No te echará de mi pecho.—
El con la vista responde:
—Yo me voy y no te dejo:
De los agravios del Rey
Para tu firmeza apelo.—
Con esto pasó la calle,
Los ojos atrás volviendo
Dos mil veces, y de Andújar
Tomó el camino derecho.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.ª parte.—GÓNGORA (Obras de).)

ROMANCES DE LOS AMORES DE MUZA.

86.

AMORES DE MUZA. — I.
(Anónimo.)

De celos del rey su hermano
El alma tiene abrasada
El valiente moro Muza,
Honra y gloria de Granada,
Diciendo: —Rey, ¿por qué quieres
Tiranizar á mi dama,
Pues que yo también soy rey
A donde reina mi alma?
Dala en pago á mis servicios,
Pues es justa la demanda,
Y déjame gozar de ella,
Así goces de la Alhambra;

Que si aquesto me concedes
No se verá contrastada
De poder de los cristianos
Mientras quisiere mi lanza;
Y á mas te prometo, Rey,
Con aquesta, otra hazaña,
Que es traerte cada dia
Doce cabezas cristianas.
Y si me das á mi gloria
Como la razon demanda,
Te traeré por tu cautivo
Al de la cruz colorada.
Gocemos vida quieta,
Pues que podemos gozalla,
Tú con aquestas victorias,
Yo con ellas y con Zara.—
(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.ª parte.)

87.

AMORES DE MUZA. — II.
(Anónimo.)

Desterró al moro Muza
El rey Chico de Granada,
Por tenerle envidia á él,
Y mucho amor á su dama.
En un caballo morcillo
Armado de todas armas,
Parte á cumplir el destierro
Por do su dama moraba.
Al ruido del caballo
Asomóse á la ventana,
Y el moro por despedida
Con mil suspiros la habla.
—No temo la partida,
Ni la gran sinrazon que el Rey me ha hecho,
Ni temo corta vida,
Que el mundo es muy estrecho
Para mí que te tengo á ti en mi pecho.
Mas el mal de la ausencia
Hará el efecto en tí que en otras suele;
Fáltame la paciencia,
Y esto es lo que me duele,
Y no poder hallar quien me consuele:
Y para consolarme,
Suplícote tu intento me declares
De vivir ó matarme,
Pues cuanto te acordares
Tendré de vida, y muerte si olvidares.
Respondió la mora airada:
—Por Mahoma y por su ley
Que holgara me oyera el Rey
Que por tí lo es de Granada;
Mas en tu valor confío
Que crearás bien de mí,
Que te quiero mas á ti
Que al Rey que por fuerza es mio.
Pierde, señor, los estribos
De tanta desconfianza,
Que si tus brazos son vivos
Me cobrarás por la lanza.
Si el Rey buscare ocasion,
Gozará por su maldad
El alma sin libertad,
Y el cuerpo sin corazón.—
(Romancero general.—It. Flor de nuevos y varios
Romances, 2.ª parte.)

88.

AMORES DE MUZA. — III.
(Anónimo.)

Afuera, afuera, aparta, aparta,
Que entra el valeroso Muza,
Cuadrillero de unas cañas:
Treinta lleva en su cuadrilla

Abencerrajes de fama,
Conformes en las libreas
De azul y tela de plata;
Yeguas de color de cisne
Con las colas aleñadas,
Y de listones y cifras
Travesadas las adargas:
Atraviesan cual el viento
La plaza de Vivarambla,
Dejando en cada balcon
Mil damas amarteladas.
Aquí corren, allí gritan,
Aquí vuelven, allí paran,
Acullá los veréis todos
Prevenirse de las cañas.
La trompeta los convida,
Ya les incita la caja,
Ya los clarines comienzan
A concertar la batalla:
Ya pasan los Bencerrajes
Ya las adargas reparan,
Ya revuelven, ya acometen
Los Cegries contra Mazas.
El juego se va encendiendo,
De véras ya el juego anda,
No hay amigo para amigo,
Las cañas se vuelven lanzas.
El rey Chico que conoce
La ciudad alborotada,
En una yegua lijera,
De cabos negros y haya,
Gritando con un baston
Por ver la fiesta acabada,
Va diciendo: «Afuera, afuera,
Con rigor, aparta, aparta.»
Las damas hacen lo mismo
Desocupando ventanas,
Porque la misma pendencia
Riñen ellas en sus almas.
Muza, que conoce al Rey,
Por el Zacatin se escapa,
Y la demas de su gente
Le sigue por el Alhambra.
Mandólos el Rey prender,
Y en Generalife aguarda
Particularmente á Muza,
Por gozar de su esperanza:
Mas dentro de tercer dia
De las prisiones los saca,
Resultando del enojo
Una muy hermosa zambra.

(Romancero general.—It. Flor de nuevos y varios
Romances, 2.ª parte.)

89.

AMORES DE MUZA. — IV.
(Anónimo.)

Con mas de treinta en cuadrilla,
Hidalgos Abencerrajes,
Sale el valeroso Muza
A Vivarambla una tarde
Por mandato de su rey
A jugar cañas, y sale
De blanco, azul y pajizo,
Con encarnados plumajes.
Y para que se conozcan,
En cada adarga un plumaje,
Acostumbrada divisa
De moros Abencerrajes.
Con un letrado que dice:
«Abencerrajes levanten
» Hoy sus plumas hasta el cielo,
» Pues dellas visten las aves.»
Y en otra cuadrilla vienen
Atravesando una calle
Los valerosos Cegries,
Con libreas muy galanes.

Todos de morado y verde,
Marlotas y capellares,
Con mil jaqueles gualdados,
De plata los azicates.
Sobre yeguas bayas todos,
Hermosas, ricas, pujantes,
Por divisa en las adargas
Unos sangrientos alfanjes,
Con una letra que dice:
«No quiere Alá se levanten,
Sino que caigan en tierra
Con el acero pujante.»
Apercibense de cañas:
El juego va muy pujante,
Mas por industria del Rey
No se revuelve ni hacen;
Porque traen los Cegries
Contra los Abencerrajes
Un concierto de villanos,
Y así incierto les sale.

(PEREZ DE HITA, Historia de los bandos de los Ce-
gries, etc.)

90.

AMORES DE MUZA. — V.
(Anónimo.)

Admirada está la gente
En la plaza Vivarambla
De verle tirar á Muza
En una fiesta una caña.
Entró bizarro y gallardo,
Mas que Audalla el de las galas,
Mas fuerte que Reduan
Sufré al contrario en batallas,
Con librea berberisca
Turquesada y respuntada,
Sembrada de piedras verdes
Que señalan su esperanza,
Aunque le matan los celos,
Que todo el cuerpo le abrasan,
Cuya causa es Bajamed,
Tesorero de su alma.
Trae el brazo arremangado
Con una toca leonada;
Triste y trabajosa seña
De su perdida esperanza.
Trae una adarga pequeña,
Con una banda encarnada,
Pintado allí el dios Cupido
Con una flecha dorada;
Bonete con muchas plumas
De color amortiguada,
Una cifra le rodea
Que dió á Albenzaide la ingrata;
Una cadena de oro,
Muy estrecha, al cuello atada,
Con esta letra en el pecho:
«Preso tiene cuerpo y alma.»
Cuando le vieron entrar,
La gente suspensa estaba
Diciendo: Ya entra Muza,
Flor y honra de Granada.
Lleva una caña en la mano,
Blanca mas que nieve blanca,
Porque la piensa teñir
Antes que del juego salga.
Comenzó la escaramuza,
Unos con otros se traban;
Ya se vuelven y revuelven;
Casi parece batalla.
Muza revuelve con ira
Contra quien su amor le asalta:
Hizole una mala herida
Con una delgada caña.
Rompíole adarga y librea,
Tiñendo el caballo y plaza
Con la sangre, que á porfia

Sale afligiendo á Daraja.
Ella comenzó á dar gritos
Desde su alta ventana,
Diciendo: «Moros, libradle
De aquesta tigre de Hicarnia».
Luego se deshace el juego,
Acuden á ver que pasa,
Ven al Bencerraje herido,
Y que Muza ufano anda.

(Romancero general.)

91.

AMORES DE MUZA.—VI.

(Anónimo.)

Mira, Muza, que te aviso
Que con Zaida no me trates,
Ni en las zambros, ni en las fiestas
No la hables ni acompañes;
Ni en las justas ni torneos,
Ni en cañas, ni en fiestas tales,
No salgas con su librea,
Que es librea de un infame.
¡Que un moro de pocas prendas
Venga á decir, y se alabe,
Que estuvo á solas conmigo
En los jardines de Tarfe!
¡Oh perro, si te lo oyera!
¡Por Alá si te topase,
Que con estos pocos dientes
A bocados te acabase!
¡Es posible, di, traidor,
Traidor y de baja madre,
Que en un pecho hidalgo y noble
Cupiesen palabras tales?
¡Porque juro por Alá,
Así goce yo á mi padre,
Perro, que rabiando estés
Entre fieros animales;
Y que el cielo todo junto
Sobre mí caiga y me abrase,
Y que viva en pena eterna,
Sin remedio de mi padre;
Y que el moro por quien muero,
No me quiera ni me ame,
Ni á las fiestas donde fuere
Mi cifra no le acompañe;
Si antes que pasen tres días
No le cuento yo á mi Azarque
La injuria que me has hecho,
Porque no te di una tarde
Una cinta que tenía
Labrada para mi Azarque,
Para salir al torneo
El miércoles por la tarde!
Pero ya entenderás, perro,
Que la hice para Azarque,
Moro valiente y brioso,
Mas que otro Abencerraje;
Y que si acaso la viera
Puesta en cuerpo tan infame,
¡Por Alá que te abrasara
De cólera y de coraje!
Pero agora pagarás
Tu atrevimiento que usaste
En decir palabras feas,
Con tu boca tan infame.—
Y con aquesta congoja,
Se entrara á ver su padre,
Que estaba enfermo en la cama
De una enfermedad muy grave.

(Romancero general.—II. Flor de varios y nuevos
Romances, 3.ª parte.)

92.

AMORES DE MUZA.—VII.

(Anónimo.)

La calle de los Gomeles
Deja atrás y el alameda,

Y en una yegua alheñada
Furioso cruza la vega:
Y en llegando á un claro arroyo
Vuelve airado la cabeza,
Y á la inexpugnable Alhambra
Dice Muza con soberbia:
—¡Levantadas fuertes torres,
Que al cielo con vuestra alteza
La tierra comunicais,
Y espantais acá en la tierra!
¡Vanos muros y mezquitas,
Famosas torres Bermejas,
Relumbrador chapitel,
Donde el sol se para y llega!
No penseis que en ese estado
En que os veis, y esa grandeza,
Mucho os dejará durar
El cielo con su inclemencia,
Que su rigor os pondrá
En tan miserable vuelta,
Que aun apenas las señales
De lo que fuisteis se vean.
Pero quedaos un consuelo
Que á mi triste no me queda,
Que es el verme á mi caído
De otra mas sublime alteza.
Y no me derribó el tiempo,
Sino sola la dureza
De un seco y helado pecho,
Parca airada de firmeza.
¡Daraja, dura é ingrata,
Mas inexorable y fiera
Que los levantados riscos
De las mas nevadas sierras,
Goza de tu Abencerraje,
Goce él de tí, norabuena,
Que poco le durará
Si otro Muza se atraviesa!
Mas hágale Alá dichoso,
Y á mi tanto en esta empresa,
Que cuando le hayas dejado
A verte mis ojos vuelvan,
No para quererte mas,
Sino para que tú mesma
Me des venganza de tí,
Si de tí das recompensa.
Basta lo que te he querido,
Que pues no quieres te quiera,
A este arroyo doy que lleve,
Tus memorias y mis quejas.
Nada quiero ya de tí;
Palabras te suelto y prendas,
Y aun mi ley voy á dejar,
Porque tú vives en ella.—

(Romancero general.)

93.

AMORES DE MUZA.—VIII.

(Anónimo.)

Gallardo en armas y trajes,
Sin amores y con galas,
Que es mucho para soldado
Cuidar tan poco de damas:
Cansado de aborrecer
Sale Muza de la Alhambra,
Por defenderse de amor
Y defender á Granada:
Que teme mas un enfado
Que amor muchas veces causa,
Que el rigor inexorable
De mil espadas y lanzas.
El capellar lleva blanco,
Doradas todas las franjas,
Y esta letra de oro en ellas:
«Desespero en la venganza.»
Unas granadas partidas
En marlota azul y blanca,

Y esta letra: «En gracia estoy
» Cuando parto de Granada.»
Lleva un alma y una muerte
Divididas en la adarga,
Y este epíteto siguiente:
«A desviarte del alma.»
Era el caballo morcillo
Con aderezos de plata,
De verde claro el jaez
Bordado de seda baya,
Y de morado esta letra:
«Esperanza de amor vana,
» Huye de mí, pues no admito
» De amor ninguna esperanza.»
El borcegui lleva azul,
Porque así los celos trata;
Trae un bonete bordado
Con una pluma dorada,
Y por volante esta letra:
«Las amorosas palabras
» Son mas que ligeras plumas,
» Y mas que plumas livianas.»
Pasó por junto á un balcon
Donde con celos le aguardan,
Sin esperanza ninguna,
La bella Jarifa y Zara.
Descuidado Muza dellos,
Y de sus cuidados y ansias,
Fué á pasar, mas no pasó,
Que el paso las dos le atajan,
Que estaban ardiendo en fuego,
Vertiendo sus ojos agua:
Juntas le piden les dé
Lo que les robó apartadas.
Jarifa el alma le pide,
Lo mismo le pide Zara,
Y él les responde admirado:
—¿Dónde tengo tantas almas?
Si una que tengo pedis,
¿Cómo á las dos podré dalla?
¿El alma puede partirse?
No, que no se parte el alma:
Dejadme, y dejadla á ella,
Que temo que quien sin causa
Dejó ayer á Abindarraez,
Dejará á Muza mañana.—
Con esto se fué, y las moras
Llamando en vano se cansan,
Que oye el que no quiere oír,
Ménos, miéntras mas le llaman.
Quedaron... pero mal digo,
Que no queda quien bien ama,
Pues que va tras quien pretende
Deseo, memoria y alma.

(Romancero general.)

94.

AMORES DE MUZA.—IX.

(Anónimo.)

Sobre el acerado hierro
Que Muza lleva en la lanza,
De esmalte color de fuego,
Pintadas lleva unas llamas,
Sobrepuesto un corazón
Abierto, que el hierro pasa,
Y por remate de arriba
Aquesta letra que habla:
«Hierro soy, y soy la causa,
» Que á mí ser hierro me basta.»
Llevaba la banderilla
De los colores del alma,
Que son verde y amarillo,
Y en medio una letra blanca:
Dos medias de entrambos lados
Que las colores enlazan,
Y abajo esta letra puesta,
En lugar de fleco ó franja:

T. X.

«Desesperada esperanza,
» Si cual luna haces mudanza.»
Lleva un bonete tejido
De plumas verdes y blancas,
Cenido sobre la frente,
Con una banda encarnada,
Colgando al aire dos cabos
Sin rapacejos ni galas,
Y por penacho esta letra
Sobre una garzota larga:
«Tanto temo lo que es nada,
» Que lo que es algo me basta.»
Viste un capellar azul
Y una marlota leonada:
Sobre un caballo morcillo,
Embraza una negra adarga,
Pintada en ella un Cupido
Que quiebra, quema y abrasa
Dos coronas, y esta letra,
Que bien la enigma declara:
«Sus propias fuerzas quebranta
» La voluntad del que ama.»
No sale el moro arrogante,
Ni es la enigma de arrogancia,
Que agravios de tanta envidia
Así le esfuerzan que salga;
Y porque en tal ocasion
No le vale fuerza de armas,
Lleva en la espada esta letra
Escrita sobre la vaina:
«El agravio que me agravia
» Es el no ser yo agraviada.»
Porque al fin es solo el Rey
Quien de tanto bien aparta
A un moro, que fama y hechos
Conoce el mundo y alaba.
Desterrada su persona
De la ciudad de Granada,
Parte á cumplir su destierro
Hablando aquestas palabras:
«No va el alma desterrada
» Pues queda presa en Daraja.»

(Romancero general.)

95.

AMORES DE MUZA.—X.

(Anónimo.)

Las riberas del Genil
El fuerte Muza pasea,
Tan desdichado en amores,
Como dichoso en la guerra.
Hay una mora en Granada,
Tan hermosa y tan discreta,
Que para su pecho ha sido
Lo que para Troya Elena.
De esta se sale quejando,
Y por señal de tristeza
Alquicel morado viste
Sobre una marlota negra.
Sola una pluma amarilla,
Desesperada firmeza,
El rojo bonete adorna,
Y con sus brazos enreda.
Amaba Zaida un morillo
De los Gomeles de Tébas,
Mas galan para las damas,
Que fuerte para la guerra,
Y por estas novedades
El antiguo amor desprecia
Del pagano mas gallardo
Que empuñó lanza gineta.
Dióle el moro la palabra
De jamas hablarla ó verla,
Porque sabe que con Muza
No puede hacer competencia,
Y porque moros hidalgos
Puestos de por medio quedan,

4

Pára excusar desafíos
Y que se turben las fiestas;
Porque la flor de Granada
Toros corre, y cañas juega,
A instancia del rey que vino
Victorioso de Antequera.
Pero Zaida mas mudable,
Cuando parece serena,
Que el mar que el viento combate,
Al Abencerraje inquieta.
Ella le busca, y le mira
En el palacio y la vega,
Dando á Granada ocasion
Que la mormure y la ofenda;
Y aunque los ojos de Muza
Tiernamente la contemplan,
Que es mujer, y apasionada,
Ningun respeto la enfrena.
Hasta en el templo le incita
Con sus colores y empresas:
De algunos respetos libre
De su rendida se precia.
Con estos agravios Muza
En su locura la deja,
Que celos averiguado
Cuanto amor enciende, hielan.
—; Oh fiera, viene diciendo,
Mas que las silvestres fieras,
Que ellas aman quien les ama,
Tú adoras quien te desdénia!
; A quien te huye persigues,
Y á quien te sigue desprecias!
O no me quisiste, ingrata,
O quieres que te aborrezca.
No tienes de piedra el alma,
Que por mas piedra que fueras,
Mis lágrimas te ablandaran,
Que ablandar suelen las piedras.
Matáronme tus favores,
Que á los mas discretos ciegan,
Que quien no sabe qué es bien,
Poco mal tiene que sienta.
Solas aquestas memorias
Son las prendas que me quedan
Por echar de los sentidos
Adonde viven por fuerza.
Obras y palabras tuyas
Me persiguen y atormentan,
Aunque todas son palabras,
Pues el viento se las lleva;
Pero el tiempo, que las cosas
Acaba, consume y trueca,
Podrá ser que á tu mudanza
Y á mi firmeza se atreva,
No porque espero, enemiga,
Que á la fe pasada vuelvas,
Que habiendo vivido en otro,
Es bien que en mi pecho mueras;
Mas porque estando yo libre,
Accionada te veas,
Dónde me enfaden tus glorias,
Y me burlé de tus penas.—
Con tan tristes quejas Muza
Dió de los piés á la yegua,
Y del falso rio Genil
Desamparó las riberas.

(Romancero general.)

96.

AMORES DE MUZA.—XI.
(Anónimo.)

De unas cañas que jugaron
En la plaza Vivarambla,
Muy enojadas salieron
Cuatro damas cortesanas,
Porque sacó el Bencerraje
Bajamed con arrogancia,
En lengua arábica escrita

Esta letra en el adarga:
« Seguro voy de alcanzar
» Vitoria en cualquier batalla,
» Pues me admite en su servicio
» La que todo lo avasalla.»
Celinda se sintió de esto,
Y Sarracina bramaba,
Celindaja dió mil gritos,
Jarifa muere aunque calla.
¿ Dónde se sufre, decian,
Que tal se diga en la plaza,
Sabiendo que entre nosotras
Sobra la hermosura y gala?
Cuando todo aquesto supo
Del Bencerraje la dama,
Determina de las cuatro
Tomar entera venganza.
Quiso darles á entender
Cómo del amor triunfaba,
Y que no hay moro galán
Que no la sirva en Granada:
Y así á Celinda y Jarifa,
Sarracina y Celindaja
Las convidó al Jaraguí
A una merienda Daraja,
A la cual las cuatro fueron,
Seguras de la celada,
Vestidas las dos de verde,
Las dos de color leonada.
Salió Daraja de azul,
Con bordaduras de plata,
Colores del Bencerraje,
A quien tiene dada el alma.
Al brazo derecho trae
Una verde banda atada
Que Jarifa dió á Hamete
En el sarao de la Alhambra;
Al cuello cadena de oro,
De que cuelga una medalla,
Retrato de Sarracina,
Y prenda de Muza cara.
Un anillo de un rubí
Su mano blanca adornaba,
Que Azarque le dió á Celinda
En trueco de una esmeralda:
Un plumaje en la cabeza
Trae de tres garzotas blancas
Que Celinda le envió
Para que jugase cañas.
Las damas cuando la vieron
Se miran, pero no hablan,
Porque allí ve cada una
De su soberbia la paga.
Daraja muy al desgaire
Se muestra disimulada,
Y al descuido comenzó
A tratar de nuevas galas.
Merendaron, pero poco,
Que celos quitan la gana,
Y dieron la vuelta tristes
De ver su fe mal lograda;
Pero la dama quedó
De su afrenta bien vengada,
Y ninguna mora quiso
Con ella jamás baraja.

(Romancero general.)

97.

AMORES DE MUZA.—XII.
(Anónimo.)

Hacen señal las trompetas,
El clarín, pifaro y caja.
El fuerte y valiente Muza
Suspende la gente y plaza.
Con el semblante enojoso
No hay quien le mire á la cara:
Sobre la ceja el bonete,
Remolinada la barba;

Amarilla es la librea,
Albornoz, marlota y manga,
Que viste quien desespera
Color de desesperanza.
Lleva adarga berberisca,
Pesada y nerviosa lanza,
Y una toca atada al brazo,
Y al cuello una cimitarra.
Va en un furioso caballo,
Con unas cervunas manchas,
Que al son de los instrumentos
El pié y la mano levanta.
Halo puesto Audalla en campo
Por los amores de Zara,
Que en la presencia del Rey
Puso el gaje y la palabra.
Era Muza entre los moros
El moro de mayor fama,
Y Audalla entre los galanes
El galán de mayor gala.
Procuró el Rey concertarlos,
Mas como en amor no hay trazas,
Fué el concierto entre los dos
Confusion desconcertada;
Y así con gallarda muestra
Se presenta el moro Audalla,
Tan galán como discreto
En una yegua alazana.
Viste marlota de tela
Blanca, de rosas bordada;
Rosado es el albornoz,
Y allí las rosas son blancas:
Un derrocado bonete,
Con cinco plumas rizadas,
Una blanca y dos azules,
Una roja y otra gualda.
Lleva la red de Vulcano
Por divisa en la medalla,
Y acude la letra, y dice:
« La de amor mas fuerte enlaza.»
Partiéronles los jueces
El sol, la plaza y las armas,
Dejando solo á fortuna
Que dé al vencedor la palma;
Y en un tiempo Audalla y Muza
La escaramuza trabaran:
Pero desigualan luego
Con la desigual batalla;
Que tirando Muza un golpe
Audalla pierde la adarga:
Tocóle de paso el hierro
Y en medio en medio del alma.
Revolvió Muza con otro,
Y Audalla rindió las armas,
Para no rendir la vida,
Que la guarda para damas.

(Romancero general.)

98.

AMORES DE MUZA.—XIII.
(Anónimo.)

Acompañado, aunque solo,
De pensamientos y agravios,
Sale de Granada Muza
Desmentido y desterrado,
Desdénado de Daraja,
De sus amigos dejado,
De Bajamed desmentido,
Desterrado de un hermano:
Agraviado, deshonor y celos,
Tres fieras suertes de agravios
Para sus tres condiciones,
Galán, valiente y hidalgo.
Por la orilla del Genil
Bate el furioso caballo,
Que el acicate morisco
Baña en sangre, y todo el campo.

Como parte tan furioso,
Parece que van temblando
Las ondas del manso rio,
Que reconocen su brazo,
Desde que con el maestro
De la cruz de Santiago
Azotó sus blancas ondas,
De sol á sol peleando.
Detuvo el caballo un poco,
Del freno, de espuma blanco,
Y detuvo el de su ira,
Mas rebelde que el caballo;
Y vuelto el rostro á Granada,
Dijo, sus torres mirando:
—; Granada donde nací,
De adonde me han desterrado,
La envidia, que á muchos buenos
No deja, por muchos malos,
Que mueran adonde nacen,
Sino por reinos extraños!
Esta me fuerza á dejarte
Cercada de los cristianos,
De adonde espero que pronto
Serán tus hijos esclavos;
Y aun agora por tus puertas
Un Pulgar, soldado bravo,
Hincó su puñal sangriento
Con un pergamino blanco,
Y mató á un Tarfe tuyo
Un muchacho Garcilaso.
Hoy te posee Almanzor,
Pero mañana Fernando.

(Romancero general.)

99.

AMORES DE MUZA.—XIV.

(Anónimo.)

A la orilla del Genil
Escribe una carta Muza,
Tan á solas, que no hay nadie
Sino el agua que le escucha.
Hizo de una caña verde
Con el alfanje una pluma,
Y con agua y flor de malva
Tinta para hacer la suma.
Ya de un pedazo de toca,
Por no haber papel, se ayuda,
Tirando con piés y manos
Para quitar las arrugas.
Tanto tiró que rompió
Por medio de una costura,
Y despidiendo un suspiro
Dijo: «¿ Qué quieres, fortuna?»
Vueltos los ojos al cielo,
Pudo contemplar la luna,
Y dijo: «¿ Qué alta que está,
Y cuán de presto se muda!
Y pues las cosas del cielo
De hacer mudanzas se ocupan,
¿ No es mucho se mude el suelo,
Mas es mudanza corrupta!»
Con todo tomó el tocado,
Y lo que está roto añuda,
Escribe, y de agraviado tiembla,
Aunque de coraje suda.

(Romancero general.)

100.

AMORES DE MUZA.—XV.

(Anónimo.)

Los ojos vuelve á Granada
Desde la espaciosa vega
El valiente moro Muza
Lleno de congoja y pena,
Quejoso de los agravios,